

LAS DIOSAS GRIEGAS.

Carlos García Gual

Cuando Jesús González Requena me invitó a intervenir en este congreso con una charla inaugural sobre el tema de "la Diosa", le advertí de que, dada mi escasa afición a la especulación teológica y mis escasos conocimientos de tantas y tantas mitologías tendría que limitarme a una consideración de unas pocas figuras femeninas, un grupo de divinidades con las que había tenido cierto trato digamos profesional, es decir, "las diosas griegas". Son pues esas siluetas femeninas las que evocaré desde un punto de vista no tanto arqueológico, como fundamentalmente simbólico, intentando definir su significado en la cultura helénica. Tal vez la única ventaja de la selección es que esa mitología de algún modo todavía nos es familiar, y notamos su pervivencia en múltiples y variados brillos y reflejos en el imaginario de nuestra tradición humanista occidental.

Esto quiere decir que voy a renunciar a discutir de entrada la hipótesis de si hubo antes de esas bellas diosas griegas, en amplias áreas de la Europa prehistórica, en los milenios anteriores a la llegada de los diversos pueblos de lenguas indoeuropeas, una única Diosa Madre con un culto muy extendido cuya existencia estaría atestiguada por una serie de imágenes prehistóricas (estatuillas pétreas de matronas de amplios pechos y rotundas posaderas). La teoría de que milenios antes de llegada a Europa de los dioses indoeuropeos que sustentan el esquema mitológico de la religión griega clásica hubo en nuestro continente un culto muy extendido de la Diosa Madre, diosa de la tierra y la fecundidad, y, ligado a ese culto, un matriarcado, tiene aún tenaces defensores —con cierta base arqueológica, como en los libros de la prehistoriadora Maria Gimbutas, o con cierto fervor poético y fantasía desbordada, como en el conocido de *La diosa Blanca* de Robert Graves, o el amplio libro, muy bien editado e ilustrado de Anne Baring y Jules Cashford *El mito de la diosa*, en la órbita hermenéutica de los de Joseph Campbell. (Hoy la mayoría de los historiadores del mundo antiguo son muy escépticos al respecto. Una fina y rápida crítica de esos enfoques puede verse en el capítulo inicial libro de Ana Iriarte *De amazonas a ciudadanos*.)

Así pues vamos a dejar descansar a la Gran Diosa silenciosa y voluminosa de esos remotos milenios y pasar a tratar de las figuras femeninas del panteón griego, un panteón configurado sobre el esquema común de la familia patriarcal indoeuropea, es decir, un conjunto de dioses y diosas moradores del Olimpo, la mansión celeste que rige y gobierna un Dios Padre. Zeus o Júpiter es el casi omnipotente al que las diosas obedecen, como en la sociedad de aquella época las mujeres, esposas e hijas, obedecen al cabeza de familia. El epíteto de Padre (*Zeus pater* o *Júpiter*) no significa que ese gran dios sea progenitor de todos los dioses (aunque sí de muchos), sino que ejerce esa función patriarcal de jefe y protector, como señor indiscutible del Olimpo, ordenador de los cielos y la tierra. En un trono, a su lado, se sienta soberana la diosa Hera, que no es una Diosa Madre (y que, desde luego, no puede competir con Zeus ni en poder ni en capacidad prolífica, por más que resulta una esposa celosa y protestona).

Notemos, de entrada, una situación un tanto asombrosa. Mientras en la realidad histórica de la Grecia clásica las mujeres están condenadas a la sumisión, a la reclusión doméstica y al silencio (es decir, no intervienen en política ni van a la guerra, no tienen voz en la asamblea ni gloria pública), en la familia divina actúan una notable serie de diosas con personalidad y poder muy notable. Entre las figuras olímpicas casi la mitad son diosas: Hera, Deméter, Hestia, Afrodita, Atenea, y Ártemis. Seis diosas poderosas figuran pues entre los doce grandes dioses. (Un número paritario que hasta las

feministas estimarán políticamente correcto). Pero lo más interesante es notar cómo esas seis figuras representan aspectos muy bien definidos del mundo femenino, y patrocinan en conjunto y una a una los rostros diversos de la feminidad. Está claro que en un sistema politeísta conviene que los roles y los dominios de unos y otros dioses estén bien delimitados para que no haya conflictos de competencias. Puede haber roces y algún choque puntual, pero la acertada distribución de áreas de actuación es esencial para mantener el orden. Y es curioso que incluso cuando hay algún conflicto, no es raro que se imponga una diosa frente a un dios poderoso. Como ocurre, por ejemplo, cuando Atenea se enfrenta con su tío Poseidón o cuando actúa como diosa de la guerra heroica frente al dios violento y brutal de la guerra, su hermano Ares. Claro que Zeus se impone siempre frente a Hera –aunque ella lo seduzca alguna vez usando su femenino encanto.

La prolífica Gaia.

Pero debemos señalar, antes de comentar los dominios y prestigios de las diosas citadas, que hay muchas otras presencias femeninas en ese mudo divino. Así que hay que comenzar por evocar a la diosa más antigua y prolífica, a la que existió antes que todos los dioses: Gaia o Gea, la Tierra, la divinidad primordial surgida del Caos que dio origen al universo. "En el fondo de la mitología griega se encuentra una "gran" madre: Gaia, abuela de Deméter, Hera y Hestia, bisabuela de Atenea y Artemisa, y también antepasada de Afrodita, que nació de los genitales amputados de su hijo y amante, Urano. Gaia es la madre del principio, la madre primera de la infancia del mundo. Es la madre que está allí ya antes del principio de los tiempos –un reconocimiento al que Hesíodo le ha dado expresión mítica en su *Teogonía*, donde se la representa como existiendo ya al principio de los tiempos, antes de que lo hiciera Crono". (En efecto, Crono, el progenitor de los grandes dioses del Olimpo es hijo de Gaia y Urano, pero es muy probable que Downing confunda ahí *Kronos* y *Khronos*). La Tierra es, en la versión de Hesíodo, anterior al Cielo. Ella es madre también de Urano, con quien se une luego para engendrar en fecundos abrazos la prole más antigua de los dioses. Y ella es luego quien apoya a su hijo Crono para que aleje, derroque y emasculé a su padre opresor. Valdrá la pena recordar el texto de Hesíodo. (cf. *Teogonía* vss. 116-141).

"En primer lugar existió el Caos. Después fue Gea de amplio pecho, sede siempre firme de todos los Inmortales del Olimpo. En lo hondo de la Tierra de anchos caminos surgió el tenebroso Tártaro. Y luego Eros, el más hermoso de los dioses inmortales, el que hace desfallecer y cautiva el corazón y la sensata voluntad de todos los dioses y los hombres.

Del Caos nacieron también Érebo y la negra Noche. De la Noche a su vez surgieron el Éter y el Día, a los que ella dio a luz preñada por la unión amorosa con Érebo. Y Gea alumbró en primer lugar al estrellado Urano con sus mismas medidas, para que la cubriera del todo y poder ser así sede firme de los felices dioses. También dio a luz a las Montañas, deliciosa morada de las ninfas. E, igualmente, sin que mediara el grato comercio sexual, parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto. Más tarde, yaciendo con Urano, alumbró al Océano de hondas corrientes, a Ceo, a Crío, a Jápeto a Rea, a Temis, a Mnemósine, a Febe de áurea corona y a la amable Tetys. Tras ellos nació su vástago más joven, Crono, demente retorcida, el más temible y que resultó lleno de odio intenso hacia su padre.

Dio a luz también a los Cíclopes de turbulento ánimo y a los gigantes, Brontes, Estérope, y el violento Arges, que dieron a Zeus el trueno y le fabricaron el rayo.... "

El relato sigue narrando la aparición en orden genealógico de otros seres prodigiosos y precósmicos, pero podemos dejarlo ya con algunos comentarios. Notemos, en primer lugar, que esta teogonía es, a la vez, una cosmogonía, y que los dioses nacen en el mundo que se va poblando y configurando en sucesivos partos. En contraste con el dios de la Biblia que preexiste desde la eternidad y decidió crear el mundo desde fuera de él en una laboriosa semana, los dioses griegos nacen en ese ámbito de la tierra y el cielo y el infierno (el Érebo): los primeros seres divinos surgen por partenogénesis de la Gaia, madre y esposa del rijoso Urano, que será destronado y suplantado por su hijo Crono, que a la vez será destronado por su hijo Zeus, quien dará al mundo su definitivo orden cósmico y producirá con amor numerosos descendientes.

Pero volvamos a Gaia o Gea, la Diosa Madre del comienzo del mundo. Es, en efecto, muy prolífica y sin discusión la diosa más antigua, pero no ocupa lugar central en la religión griega. Vemos que en el panteón helénico, la actuación de los dioses va marcada por un cierto progreso, y los primitivos dioses quedan jubilados y retirados del culto oficial, mientras otros más jóvenes, ocupan su lugar. No es Gea, sino Hera, su nieta, casada con su hermano Zeus, que derribó a su padre Crono, quien se sienta en el trono celeste, en la familia albergada y establecida para siempre en el feliz Olimpo. Notemos, por otra parte, que en el mito de la lucha por el poder supremo de dioses de tres generaciones sucesivas: Urano, Crono y Zeus, la diosa Gaia y luego su hija Rea no compiten por el trono, sino que apoyan, una y otra, a sus hijos frente al esposo y padre. (No hay la más mínima alusión al matriarcado en ese mito que tiene paralelos notorios en relatos antiguos de mitologías orientales).

Paridora de seres prodigiosos y monstruos variados en los orígenes del mundo, Gea no es madre de los seres humanos. Es curioso que en la *Teogonía* no se mencione el origen de los hombres. Queda en el misterio cómo estos vinieron a la vida, y no se sabe si aparecieron antes o después de los dioses hijos de Cronos. Hesíodo sí cuenta – en sus dos poemas- cómo surgieron las mujeres, a partir de la estirpe de aquella Pandora, creada por Hefesto a órdenes de Zeus para castigo de los hombres. La mujer es, en su relato, una criatura artificial fabricada del barro por el divino y hábil artesano, que tomó como modelos para su construcción las bellas figuras de las diosas. Nada tiene que ver en ese asunto la antigua Gea –aunque la primera mujer se moldee a partir del barro terrestre. Son otras las diosas que adornan y dotan a esa animada muñeca: en su confección intervienen Atenea, Afrodita y las Gracias, además del dios Hermes que le inspira sus trucos y mañas taimadas. Pero no deja de parecernos extraña la ausencia de criaturas femeninas en el mundo humano, en la Edad de Oro sólo masculina, mientras que desde el principio se movían en el ámbito divino tantas diosas variadas y activas.

Tampoco tiene Gea relación con la fertilidad ni el cultivo de la tierra, que queda bajo el dominio de la diosa Deméter, que detenta un nombre muy expresivo de "Diosa Madre", aunque su maternidad está muy limitada: tiene sólo una hija única, Perséfone. Podemos advertir que falta en el conjunto de diosas olímpicas una Diosa Madre que les sirva de amparo a los apenados mortales. Tal vez a colmar ese vacío, tuvieron su éxito más tarde figuras divinas importadas, como Cibele o la maternal y milagrera Isis.

Pero no olvidemos a otra diosa prolífica y oscura en la etapa eruptiva del mundo, según el catálogo de Hesíodo, una diosa surgida no de Gaia, sino del primigenio Caos: Nyx, la Noche. Esa divina y "funesta" Noche, emparejada con el Érebo, alumbró al Éter y al Día –extrañas hijas de la madre negra-, y luego, ya sola, a la Muerte y el Sueño (Thánatos e Hypnos), y a otras diosas temibles, como las tres Moiras (Cloto, Laquesis y Átropo), y a Némesis y a Eris (Venganza y Discordia), causantes luego de tantos y

tantos dolores a los humanos. Pero ni la Tierra ni la Noche parecen tener lo que caracteriza a las divinidades de la familia olímpica: una hermosa figura humana.

Hay otras muchas divinidades femeninas menores, unas más amables, como las Nereidas y las Ninfas, y otras más peligrosas e híbridas, como las Arpías, las Esfinges y las Sirenas. Pero no alarguemos más el catálogo y volvamos a las bellas olímpicas.

El grupo de las diosas del Olimpo.

Citaré unas líneas de Ana Iriarte ("De amazonas a ciudadanos", pp.13-4) " Tanto los panteones del antiguo Oriente como los del mundo clásico acogen influyentes diosas si bien es cierto que los dioses masculinos ocupan los lugares privilegiados: Inanna, p. e., despliega su influencia junto a los tres dioses masculinos más importantes del panteón sumerio, Ishtar no ensombrece el poder del gran Marduk en Babilonia, e Isis comparte culto con su hermano y esposo Osiris, en Egipto y luego en gran parte del mundo antiguo.

En Grecia es conocida la importancia del elemento femenino en el panteón que preside Zeus. Entre las doce divinidades representadas en el friso del Partenón, hallamos a Zeus, Posidón, Ares, Apolo, Hermes, Dioniso y Hefesto, junto a Deméter, Hera, Afrodita, Atenea y Ártemis. (Dioniso ha sustituido a la más antigua Hestia).

Si atendemos momentáneamente a estas figuras femeninas comprobamos que la virginal Atenea ocupa un lugar destacado entre ellas. Es una diosa de la guerra, como revela su armadura, pero también de las artes y los oficios femeninos, y en la ciudad de Atenas se la venera como protectora de la democracia y símbolo de su apogeo cultural. Esta diosa tan ciudadana contrasta con Ártemis, otra virginal hija de Zeus que reina, precisamente, en los espacios salvajes de los bosques, diestra cazadora. La última virgen Olímpica es Hestia, la estática diosa que personifica el hogar doméstico, es decir, el centro religioso de cada casa.

Frente a estas diosas reacias al trato con varón, resalta la seductora Afrodita, la diosa del amor y de la belleza. Opuesta a la diosa del deseo se erige a su vez la celosa Hera, esposa legítima de Zeus y protectora del matrimonio. Finalmente, aludiremos a Deméter, diosa de la agricultura, que enseñó a los humanos el cultivo del trigo y de cuyo humor depende la abundancia o ruina de las cosechas. Así, el *Himno a Deméter* la presenta como una diosa de aspecto impresionante, que generó una gran esterilidad en la tierra por la tristeza que le causó el rapto de su hija Perséfone. Este episodio central de su leyenda señala también a Deméter como la diosa del "amor maternal", si bien hay que precisar que su instinto materno sólo emerge al ser herido por el rapto de su hija."

Estas concisas líneas nos recuerdan qué variado es el conjunto femenino de las olímpicas y, de paso, cómo se han distribuido desde un principio sus dominios y roles. La protección de una diosa está se cierne sobre un ámbito o una profesión delimitada. Además hay que notar que una diosa puede tener un culto privilegiado como patrona de un arte o de tal o cual ciudad. Atenea es especialmente venerada en Atenas, Hera en Argos y Ártemis en Éfeso, y Deméter y su hija Perséfone en Eleusis.

A veces se enfrentan las diosas (como los dioses) al proteger a sus favoritos (ya sean héroes o pueblos), y son los humanos quienes salen malparados de esos lances. Así, p.e., en el caso de la Guerra de Troya: Atenea y Hera están a favor de los aqueos, Afrodita y Ártemis favorecen a los troyanos. (Famoso motivo mítico: el juicio de Paris). Irritada por la actitud de Hipólito, que ama la caza y adora a Ártemis, pero desprecia el amor, Afrodita castiga al casto joven, por olvidar su culto. Hipólito muere destrozado, y Ártemis no lo salva, pero promete vengarlo, matando a Adonis, el amante de Afrodita.

Me gustaría evocar, de modo rápido y en sus trazos esenciales, las figuras y atributos de estas diosas. Lo haría resaltando, más que los perfiles arqueológicos de sus cultos, cómo el conjunto ofrece una admirable coherencia, en sus contrastes y sus encajes. Y debería empezar la serie por Hera, siguiendo por Atenea, Afrodita, Ártemis, y Deméter, dejando apenas mencionada a la diosa Hestia (en latín Vesta), que no tiene otra función que cuidar el fuego del hogar, sin otras tareas ni aventuras exteriores, y subrayando cómo no existe en la religión clásica una figura dominante de Diosa Madre. Pero temo que no haría más que repetir lo que ya he escrito en mi reciente *Mitología mínima*, y el algún otro texto anterior. Así que cerraré estos apuntes de otro modo. Ya advirtió el presocrático Jenófanes, los humanos –cada pueblo y cada gente- imagina a sus dioses a su imagen y semejanza. La sociedad patriarcal de los olímpicos refleja la estructura y los hábitos de una corte regia de la sociedad micénica. En torno al soberano, que ocupa el trono junto a su consorte legítima, y ejerce un poder indiscutible (aunque a veces discutido por su celosa esposa) habitan en el palacio Olimpo los miembros de su familia sus hermanos e hijos, cada uno con sus propios caracteres, sus virtudes y sus oficios y sus personales apetencias. Y cada uno con su propia ética. Nada queda de la Diosa Madre preolímpica, el conjunto de figuras divinas se ha organizado muy ordenadamente y, tras una etapa de luchas por el poder, ya todo está bien asentado. Y no deja de ser muy notable cuán diverso es el conjunto muy armónico de figuras femeninas. Tal vez vale la pena resaltar que las hijas –Atenea, Ártemis, y, en la versión hesiódica, incluso Afrodita- gozan de una evidente libertad de actuación y unos poderes no inferiores a los de las figuras masculinas. Que las diosas, las de esa generación juvenil, tengan tanto poder y anta soltura (en contraste con las obligaciones y sometimientos de las mujeres en la sociedad real) no deja de ser sorprendente. Como escribió Karl Kerényi: "Las doncellas divinas son tan típicas de la religión griega que ésta no puede ser denominada como una "religión patriarcal" ni como una "religión matriarcal", ni tampoco como una combinación de ambas. Es como si la orden olímpica hubiera empujado a las grandes diosas madres de tiempos antiguos al último término, con el único propósito de llevar a las Korai (doncellas) divinas a un relieve más destacado".

Y en esa estructura falta una Diosa Madre - de ahí el enorme éxito que tendrá más tarde, ya en el helenismo, la maternal Isis, milagrera y benéfica, venida de Egipto.

De entre los libros que he releído para preparar esta charla me gustaría destacar uno: el de Christine Downing, *La diosa. Imágenes mitológicas de lo femenino*, un libro publicado por la Editorial Kairós –en su traducción española, en 1999; el original es de 1981- en la serie de su "Colección Psicología". Como la autora afirma en una nota final, el título de "la diosa" fue una imposición de la editorial, con fines comerciales¹. En realidad, el libro evoca en cada uno de sus capítulos a una diosa o una mujer mítica distinta, y las relaciona con diversas etapas de su propia vida. Downing era profesora de "estudios de religión" en una Universidad californiana, y terapeuta y psicóloga –de línea junguiana- y fue autora de media docena de libros interesantes- como el que lleva el título de *Espejos del Yo*, editado también por Kairós. Este apasionado y sorprendente relato se funda sobre una dimensión autobiográfica. La autora nos cuenta cómo en diversos momentos de su vida se sintió compenetrada con una u otra imagen mítica

¹ "Sigue sin gustarme el título realmente, el cual... apareció como un compromiso surgido de una discusión entre los editores, el departamento de marketing y el autor. Parece extraño que un libro de perspectiva tan resueltamente politeísta lleve el nombre de "la diosa". Pero he llegado a llamarlo y amararlo con ese nombre". (p.292)

femenina, según sus experiencias en el amor, el matrimonio, la condición femenina, etc. Como si las diosas le sirvieran para entender a fondo sus propias vivencias, a veces reapareciendo también en sus sueños. Las figuras evocadas desfilan en este orden: Perséfone, Ariadna, Hera, Atenea, Gaia, Artemisa, y, finalmente, Afrodita.

El libro concluye: "Sigo presentándome ante las diosas con respeto y rindiéndoles homenaje, y sigo experimentándolas como fuerza de lo numinoso que me sorprenden y me desafían, me hieren pero también me bendicen. Se han convertido en presencias familiares y, sin embargo, siguen siendo misteriosas."

"Presencias familiares y misteriosas" que aún perviven en nuestro imaginario.

NOTA BREVE DE BIBLIOGRAFÍA.

- Baring, Anne-Cashford, Jules. *El mito de la diosa*, Madrid, Siruela.2005.
Burkert, Walter. *Religión griega arcaica y clásica*. Madrid, Abada, 2007.
Downing, Christine. *La diosa. Imágenes mitológicas de lo femenino*. Barcelona. Kairós.1981.
García Gual, Carlos. *Introducción a la mitología griega*. Madrid. Alianza. 1992.
García Gual, Carlos. *Historia mínima de la mitología*. Madrid, Turner, 2014.
Gimbutas, Marija. *Diosas y dioses de la vieja Europa*. Madrid, Istmo, 1991.
Graves, Robert. *La diosa blanca* .Madrid, Alianza, 2014.
Hernández de la Fuente, David. *La mitología contada con sencillez*. Madrid, Maeva, 2005.
Iriarte, Ana. *De amazonas a ciudadanos*. Madrid, Akal, 2002.
Lefkowitz, Mary. *Greek Gods, Human Lives*. Yale University Press. 2003.
Simon, Erika. *Die Götter der Griechen*, Munich, Hirmer. 1998.

Carlos García Gual, Madrid. 2015